

CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

Enseñanza y Catequesis



CATEQUESIS

Enseñar a orar, tarea de la catequesis



**Enseñar a orar,
tarea de la catequesis**

**Comisión Episcopal
de Enseñanza y Catequesis**
Subcomisión Episcopal de Catequesis

Enseñar a orar, tarea de la catequesis

Editado por
Juan Ignacio Rodríguez Trillo

Secretariado de la Subcomisión Episcopal de Catequesis



Editorial EDICE · Madrid 2010

Nihil obstat

José Rico Pavés

Director del Secretariado

de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe

Imprimatur

✠ Fidel Herráez Vegas

Obispo Auxiliar y Vicario General de Madrid

Madrid, 2 de febrero de 2010

© Conferencia Episcopal Española

© EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Telf.: 91 343 97 91

e-mail: edice.cee@planalfa.es

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra en cualquier forma y por cualquier medio sin autorización expresa, bajo pena de incurrir en la violación de los derechos de propiedad intelectual.

Portada: Juan Salvador

Imprime: Campillo Nevado, S.A.

Antonio González Porras, 35-37

28019 Madrid

Depósito Legal: M-8289-2010

ISBN: 978-84-7141-710-7

Índice

Presentación	7
1. Oración y catequesis	9
2. Los rasgos de la oración cristiana	12
3. Las fuentes de la oración	16
3.1. Enseñar a orar acogiendo la Palabra de Dios.....	16
3.2. Enseñar a orar en el corazón de la Liturgia	18
3.3. Enseñar a orar en el hoy de la vida	20
4. El Padrenuestro, modelo de toda oración	21
5. El catequista, maestro y testigo de oración	23



Presentación

JAVIER SALINAS VIÑALS

Obispo de Tortosa

Presidente de la Subcomisión Episcopal de Catequesis

La catequesis, en cuanto conduce a las personas y a las comunidades a profundizar en la fe, está orientada a la oración y a la celebración litúrgica. Así pues, existe un vínculo íntimo entre la catequesis y la oración que, sin confundir ambas realidades, las vincula mutuamente. La catequesis, en su doble dimensión de enseñanza y educación de la fe, conduce a las personas a descubrir el sentido de lo sagrado y a reconocer la presencia de Dios en la propia vida. Pero es sobre todo del anuncio del Evangelio, del conocimiento de las maravillas que Dios ha realizado para nuestra salvación, de donde surge la oración guiada por dos actitudes fundamentales que la catequesis trata de cultivar: la capacidad de escuchar y de hablar. No olvidemos que la catequesis habla de Dios para que los catequizandos hablen con Dios.

El texto que presentamos tiene una historia. Se inició en las Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis del año 2009, que estuvieron dedicadas al tema de la oración en la catequesis. Es fruto de las ponencias que allí tuvieron lugar y de la reflexión de los obispos de la Subcomisión de Catequesis. El Secretariado de la misma, sobre esa base, ha elaborado estas orientaciones para ayudar a mejorar esta dimensión fundamental de toda acción catequética: educar en la oración.

Por otra parte, quienes desarrollamos tareas vinculadas a la catequesis en sus múltiples dimensiones constatamos



la necesidad de impulsar una fuerte experiencia de oración, pues ella es el mejor lenguaje de la fe y de la esperanza cristianas. Al respecto tiene plena vigencia la invitación que el Papa Juan Pablo II realizara en su día respecto a la necesidad de comprometer a toda la comunidad cristiana en el llamado «arte de la oración» (cf. *Novo millennio ineunte*, 32). También el Papa Benedicto XVI nos ha advertido de que, en un mundo de esperanza tan débil como el nuestro, la oración es un lugar privilegiado y esencial para crecer en aquella esperanza que nadie puede destruir (cf. *Spe salvi*, 32).

A todos nos conviene recordar que la oración cristiana tiene su fuente más concreta en la propia oración de Jesús. Oramos porque Jesús oró. La oración tiene una cierta dimensión de contagio. De ahí el valor fundamental de la oración del propio catequista en el proceso del crecimiento de la fe. El Señor nos conceda a todos poder hacer nuestra esta sencilla presentación de la oración que hiciera en su día santa Teresa del Niño Jesús: «Para mí, la oración es un impulso del corazón, una sencilla mirada lanzada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto desde dentro de la prueba como desde dentro de la alegría».

Agradezco el trabajo realizado por el Secretariado de la Subcomisión en la elaboración de estas orientaciones que se ofrecen ahora como un sencillo instrumento para animar la acción catequética concreta que se lleva a cabo en cada diócesis, bajo la responsabilidad de su pastor.

Enseñar a orar, tarea de la catequesis

Cada año, los obispos de la Subcomisión Episcopal de Catequesis convocan a los responsables de la catequesis de las diócesis españolas a unas jornadas de estudio. Son días de trabajo y convivencia que ayudan a la reflexión conjunta sobre aspectos importantes de la labor catequética.

Las Jornadas del año 2009 giraron en torno a un asunto de vital importancia, la oración, bajo el lema: Enseñar a orar, tarea de la catequesis. El fruto del trabajo realizado durante esos días es el que queremos ofrecer en este documento, que recoge algunas de las conclusiones e invita a entrar más a fondo en el vínculo que existe entre oración y catequesis.

1. Oración y catequesis

*«Hace falta que la educación en la oración se convierta de alguna manera en un punto determinante de toda programación pastoral»
(Novo millenio ineunte, 32).*

Al finalizar el gran Jubileo del año 2000, el Papa Juan Pablo II alentaba a toda la Iglesia con estas palabras: «Es necesario un cristianismo que se distinga ante todo en el arte de la oración [...] es necesario aprender a orar, como aprendiendo de nuevo este arte de los labios mismos del divino Maestro, como los primeros discípulos: “Señor, enséñanos a amar” (Lc 11, 1) [...] ¿No es acaso un signo de los tiempos el que hoy, a pesar de los vastos procesos de



secularización, se detecte una difusa exigencia de espiritualidad, que en gran parte se manifiesta en una renovada necesidad de orar? [...] Nuestras comunidades cristianas tienen que llegar a ser auténticas escuelas de oración donde el encuentro con Cristo no se exprese solamente en petición de ayuda sino también en acción de gracias, alabanza, adoración, contemplación, escucha y viveza de afecto hasta el arrebató del corazón» (NMI 32).

De la relación entre catequesis y oración había hablado Juan Pablo II en estos términos: «El camino de la catequesis alcanza una meta particularmente importante cuando se convierte en escuela de oración, es decir, cuando capacita para el coloquio apasionado con Dios, Creador y Padre; con Cristo, Maestro y Salvador, con el Espíritu vivificador. Gracias a este coloquio, lo que se escucha y se aprende no queda sólo en la mente, sino que conquista el corazón y tiende a traducirse en la vida» (XXVIII Jornada Mundial de oración por las vocaciones, 4 de octubre de 1990).

Se pone así de relieve que todo proceso catequético comporta la experiencia de la oración, ya que ella constituye una dimensión interna de la fe, expresión y realización de la relación con Dios. Así nos lo señala el *Catecismo de la Iglesia Católica*: «La Iglesia lo profesa (el Misterio de la fe) en el Símbolo de los Apóstoles y lo celebra en la Liturgia sacramental, para que la vida de los fieles se conforme con Cristo en el Espíritu Santo para gloria de Dios Padre. Por tanto, este Misterio exige que los fieles crean en él, lo celebren y vivan de él en una relación viviente y personal con Dios vivo y verdadero. Esta relación es la oración» (CCE 2558).

En la actual situación, en la que muchos de los que acuden a la catequesis no han tenido una experiencia viva de fe, se hace necesario que la catequesis acentúe este aspec-

to de encuentro y relación viva y personal con Dios en la oración. De aquí que los obispos de la Subcomisión Episcopal de Catequesis hayan remarcado que «es misión de la catequesis dar razón de nuestra esperanza y ayudar al hombre a abrir su corazón y escuchar a Dios, mostrar los caminos para llegar al encuentro con Jesucristo como inicio del camino de la fe»¹.

La catequesis, como camino de cercanía al hombre y a la mujer de hoy, no puede dejar de mostrar la grandeza de la oración, don de Dios y escuela de esperanza, estrechamente vinculada con la persona y su capacidad de relación y de comunicación. La oración acrecienta nuestra capacidad de escucha, de acogida y comunicación, tal y como lo atestiguan los grandes orantes. Ellos, en constante relación con Dios y con los hombres, hablan al hombre de hoy, en muchos casos perdido y sin esperanza y le dicen: «Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme —cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar— Él puede ayudarme» (*Spe salvi*, 32).

Profundizar en el vínculo entre oración y catequesis nos lleva también a destacar la relación entre catequesis y comunidad cristiana. En esta relación se pone de relieve que la comunidad que cree, celebra, vive y ora es el ámbito en el que los que se inician en la fe pueden despertar y crecer, y que es en la comunidad donde se sitúa la aportación propia del catequista como testigo y maestro en el camino de la fe y la oración.

¹ *Plan de Acción de la Subcomisión Episcopal de Catequesis 2007-2010*, Madrid, EDICE 2007, 6.



Estas y otras cuestiones se plantearon en nuestras Jornadas del año 2009 y a lo largo de los meses posteriores. La convicción que manifestamos en este momento es que hay que avanzar en el camino para que la catequesis conduzca verdaderamente a un encuentro con Dios que transforme la vida de nuestros niños, jóvenes y adultos, confiados en la Palabra evangélica: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt 18, 20).

2. Los rasgos de la oración cristiana

«La oración es cristiana en tanto en cuanto es comunión con Cristo y se extiende por la Iglesia que es su Cuerpo. Sus dimensiones son las del amor de Cristo» (CCE 2565).

El *Catecismo de la Iglesia Católica* abre su cuarta parte, «La oración en la vida cristiana», preguntándose qué es la oración. Se nos ofrece así como el gran documento que debe orientarnos en el camino. Que el catecismo de la Iglesia contemporánea dedique una de sus cuatro partes a la enseñanza de la oración cristiana, debe suscitar en nosotros gratitud profunda y actitudes nuevas para avanzar en el auténtico sentido de la oración individual y comunitaria².

Un texto de la antigüedad cristiana dice: «A ver no se aprende, es un efecto de la naturaleza. Tampoco la belleza de la oración se aprende de las enseñanzas de otros. La oración contiene en sí misma a su maestro, Dios, que da la ora-

² Cf. J. M. ESTEPA LLAURENS, «La oración en el Catecismo de la Iglesia Católica y en el Directorio General para la Catequesis», en *Actualidad Catequética* 221/222, I-II (2009) 39-60.

ción al que ora» (S. Juan Clímaco). La oración es un don de Dios, una alianza, una relación de comunión, un encuentro de la sed de Dios con la sed del hombre; el corazón es la morada de la oración, donde se produce la relación viva de los hijos con Dios. El *Catecismo* nos recuerda que, como hijos, hemos de responder con confianza filial y perseverancia en el amor, ante las pruebas, el combate interior y las dificultades en la oración, haciendo frente principalmente a la tentación de abandono de la oración³.

Nos referimos a la Sagrada Escritura, en primer lugar al Antiguo Testamento, como una escuela de oración, pues recorriendo sus sendas descubrimos esta relación de Dios con los hombres en cada texto y en cada personaje: la Creación, Abraham, Jacob, Moisés, David, Elías... hasta llegar a los Salmos, obra maestra de oración⁴.

Gracias a los cuatro Evangelios, descubrimos la oración de Jesús: la acción de gracias (*Mt* 11, 25-27; *Lc* 10, 21-22), la oración sacerdotal (*Jn* 17) y la oración de las siete palabras pronunciadas en la Cruz. De Él, Maestro de oración, aprendemos a orar. Él ora y nos enseña a orar. Nos enseña lo que hay que decir: Padrenuestro, y cómo hay que hacerlo: con insistencia, perseverancia y humildad⁵. Él también escucha la oración que le dirigimos: tenemos que orar siempre «en nombre de Jesús» y por su mediación. En unos hermosos párrafos el *Catecismo* nos invita a orar a Jesús y al Espíritu Santo como camino preferente de la oración cristiana⁶.

En el tiempo de la Iglesia las diversas formas de oración, tal como las revela la Sagrada Escritura, nos mues-

³ Cf. CCE 2559-2565 y 2725-2745.

⁴ Cf. CCE 2569-2589.

⁵ Cf. CCE 2603-2619.

⁶ Cf. CCE 2664-2679.



tran el camino; la bendición y la adoración, la oración de petición, la oración de intercesión, la oración de acción de gracias y la oración de alabanza son las expresiones de la plegaria cristiana⁷.

A través de este rápido recorrido por las páginas del *Catecismo*, llegamos a esta afirmación central en la enseñanza sobre la oración: «La Eucaristía contiene y expresa todas las formas de oración: es la ofrenda pura de todo el Cuerpo de Cristo a la gloria de su Nombre, es, pues, el corazón más íntimo y más pleno de la oración cristiana» (CCE 2691).

Para orar y aprender a orar introduciéndonos en esta comunión de vida con Dios, no estamos solos, nos situamos junto a la pléyade de testigos «que nos han precedido en el Reino, especialmente los que la Iglesia reconoce como santos. Contemplan a Dios, lo alaban y no dejan de cuidar de aquellos que han quedado en la tierra» (CCE 2683). Entre ellos, la Virgen María es siempre el modelo insuperable de toda oración e intercesión en la fe, es la orante perfecta. La oración en comunión con María tiene un lugar particular en la plegaria de la Iglesia, y por ello no falta en el *Catecismo* un buen comentario al Avemaría.

Asimismo, reconocemos el importantísimo papel de aquellos que nos guían en el aprendizaje y en el ejercicio de la oración acompañándonos en nuestro peregrinar por este mundo: la familia, los ministros ordenados, los religiosos y consagrados, los catequistas, etc.⁸. De la mano del *Catecismo* hay que referirse también a los «lugares

⁷ Cf. CCE 2625-2642.

⁸ Cf. CCE 2683-2690.

favorables para la oración», señalando el templo cristiano como el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad. Pero no debemos olvidar la importancia de otros lugares propicios, como pueden ser el «rincón de oración» presente en los hogares cristianos, los monasterios o los santuarios.

El *Catecismo* nos sitúa en la experiencia espiritual del «hijo de Dios», en el tú a tú con Dios, invitándonos a emprender el camino de la oración interior con ayuda de Dios mismo a través de sus diferentes expresiones. La oración vocal, indispensable en la oración cristiana y, plenamente humana, aúna la plegaria exterior con la interior. La meditación, entendida como una profunda búsqueda de Dios en la asimilación interior de cuanto se lee o se escucha y en cuya base está principalmente la Sagrada Escritura. Por último, la oración contemplativa, definida por santa Teresa como un tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama⁹.

El *Catecismo* atrae la atención de forma especial sobre «la oración de la hora de Jesús», oración sacerdotal, oración de la unidad: «En esta oración Jesús nos revela y nos da el “conocimiento” indisociable del Padre y del Hijo que es el misterio mismo de la vida de oración»¹⁰. Así pues, enseñar a orar y acompañar en la vida de oración, tarea principal de la catequesis, supone conducir hacia el Señor, ayudar a adentrarse en el misterio de Dios, Uno y Trino, permitiéndole a Él que hable de sí mismo y se muestre como unidad, comunión y amor.

⁹ Cf. CCE 2697-2709.

¹⁰ Cf. CCE 2746-2751.



3. Las fuentes de la oración

«En la vida cristiana hay manantiales donde Cristo nos espera para darnos a beber el Espíritu Santo. El Espíritu Santo, en la Iglesia creyente y orante, enseña a orar a los hijos de Dios» (CCE 2650 y 2652).

Después de haber recorrido de las manos del *Catecismo* las características esenciales de la oración, nos paramos ahora a preguntarnos: ¿cómo nos enseña a orar el Espíritu Santo?, ¿cuáles son estos manantiales en los que recibimos al agua fresca que el Espíritu nos ofrece?

Son la Palabra de Dios, la Liturgia de la Iglesia y el hoy de la vida. En ellos fijamos nuestra mirada atenta como catequistas.

3.1. Enseñar a orar acogiendo la Palabra de Dios¹¹

«A la lectura de la Sagrada Escritura debe acompañar la oración para que se realice el diálogo de Dios con el hombre» (CCE 2653).

El último Sínodo de los Obispos, centrado en la Palabra de Dios, ha aportado a la Iglesia un soplo de aire fresco que un testigo de este acontecimiento nos relataba: «Se percibía en todos los padres sinodales el gozo ante la Palabra de Dios, ante su redescubrimiento y mayor acercamiento a ella. En el Sínodo se insistió en que la experiencia viva de

¹¹ Cf. CCE 2653-2654.

Dios hoy en la historia pasa por intensificar el conocimiento, la escucha y la lectura asidua y eclesial de la Palabra de Dios»¹².

La tradición de la Iglesia manifiesta que, para disponernos a escuchar la Palabra de Dios, la primera actitud es la del silencio ante nuestras propias expectativas. Esta escucha silenciosa de la Palabra de Dios suscita en nosotros la respuesta de la oración. Al leer la Biblia, debemos recordar que es Dios quien nos habla y, por tanto, estamos llamados a dar una respuesta. La Virgen María, en su actitud de escucha y acogida, es punto de referencia fundamental. Ella escucha la Palabra y responde: «Aquí está la esclava del Señor» (*Lc* 1, 38). Ella escucha y acoge: «María conservaba todas estas cosas meditándolas en su corazón» (*Lc* 2, 19).

Como María, siempre fiel a la Palabra de Dios, la catequesis debe llevar a un encuentro verdadero y efectivo con el Dios vivo y verdadero, presente en su Palabra. Por fidelidad a la Palabra de Dios, la catequesis necesita situar a Dios en el centro de sus enseñanzas, de sus fines y de la experiencia que suscita. Cuando la catequesis se concibe fundamentada en la Revelación, en la Palabra que Dios nos ha dicho, se transforma por completo la acción catequética. Esta ya no puede ser una acción moralizante, un barniz superficial que se añade al vivir de cada día, ni una acción doctrinal que transmite unos contenidos, sino una catequesis centrada en hablar de Dios para que el hombre responda con la alabanza. ¿No nos está indicando esto la necesidad de un giro en nuestra catequesis?¹³.

¹² A. CAÑIZARES LLOVERA, «La Palabra de Dios en la catequesis». Ponencia en las XLII Jornadas de Delegados Diocesanos de Catequesis (2009).

¹³ *Ibíd.*



Quizá debamos plantearnos adentrarnos más y más en la escucha, lectura y contemplación de la Palabra de Dios, contenida en las Sagradas Escrituras y transmitida fielmente por la Iglesia, para que nuestra catequesis se vea fecundada por este primer manantial.

3.2. Enseñar a orar en el corazón de la Liturgia

«La misión de Cristo y del Espíritu que, en la Liturgia sacramental de la Iglesia, anuncia, actualiza y comunica el Misterio de la Salvación, se continúa en el corazón que ora» (CCE 2655).

El segundo manantial de nuestra oración es la Liturgia, que, en cuanto actualización de la acción salvadora de Dios en la Iglesia, nos ofrece el camino para el encuentro con Dios y suscita en nosotros la respuesta de la oración, ya que toda acción litúrgica, especialmente la celebración de la Eucaristía y de los sacramentos, es un encuentro con Cristo y la Iglesia¹⁴.

La regla fundamental para la oración que nace de la acción litúrgica es la fe en la presencia de Cristo entre nosotros por la acción del Espíritu. Así lo ha expresado el Concilio Vaticano II: «Cristo está siempre presente en su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los Sacramentos, de modo que, cuando alguien bauti-

¹⁴ Cf. CCE 1097.

za, es Cristo quien bautiza. Está presente en su Palabra, pues, cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es Él quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (*Mt 18, 20*)» (SC 7). El conjunto de signos y símbolos de la Liturgia, las oraciones que esta nos propone, son expresión de la fe de la Iglesia. Lograr que nuestro corazón concuerde con lo que proclama nuestra voz, hacer nuestro cuanto la Iglesia nos propone en los ritos y signos, es quizá una de las claves de la pedagogía de la oración a través de la Liturgia.

No nos resulta difícil percibir las múltiples relaciones entre catequesis y Liturgia, y cómo estas nos llevan a la oración. Al profundizar en el conocimiento de la fe y descubrir que Cristo está presente y viene a nuestro encuentro en los Sacramentos, nos vamos introduciendo en el camino de la oración. La oración es resonancia personal de cuanto acontece en el encuentro con Cristo. De hecho, del esmero que se ponga en hacer de las celebraciones litúrgicas verdaderos momentos eclesiales del encuentro salvador con Dios en Jesucristo, unidas a la acción catequética, dependerá en gran medida el fruto espiritual de todo itinerario catequético y de toda vida cristiana¹⁵.

Este segundo manantial nos invita a recorrer un camino que vincule más estrechamente el itinerario catequético con la celebración de la Eucaristía dominical y a avanzar en una catequesis cuyas referencias básicas e irrenunciables sean la parroquia —como lugar de celebración de la fe de la comunidad— y el año litúrgico —con la celebración anual de los misterios de Cristo—.

¹⁵ Cf. LXX ASAMBLEA PLENARIA DE LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA, *La iniciación cristiana. Reflexiones y orientaciones*, Madrid, EDICE 1998, 45.



3.3. Enseñar a orar en el hoy de la vida¹⁶

«En todo tiempo, en los acontecimientos de cada día, su Espíritu se nos ofrece para que brote la oración» (CCE 2659).

El tercer manantial en el que el Espíritu Santo nos enseña a orar es la vida. Nos preguntamos: ¿cómo acompañar para hacer que la vida se reconozca como experiencia de oración y de intimidad con el Señor?

Iniciar en la oración supone llevar a descubrir a Dios en todas las cosas. Dios se descubre en el mundo a quienes lo buscan con sincero corazón. Para contribuir a estrechar y fortalecer este vínculo entre la oración y la vida tenemos que situarnos en la contemplación de los Misterios de Cristo, ya que verle a Él, el contemplativo, vivifica nuestra oración. El Espíritu de Jesús trabaja en nosotros haciéndonos más semejantes a Él, más como Cristo, para estar y ser en el mundo más cristianos.

A partir del testimonio que nos ofrecen tantos mártires y santos, debemos profundizar en un camino de la oración desde el corazón de la vida, que nos conduzca a mirar los acontecimientos para descubrir en ellos la llamada del Señor y llevarlos a su presencia.

Hablar de oración y vida supone plantear el gran tema del acompañamiento, entendido como diálogo que ayuda a reconocer el paso de Dios por la vida. El catequista debe ayudar a que la persona responda a las preguntas que la

¹⁶ Cf. J. GARCÍA DE CASTRO, «Aprender a orar en los acontecimientos de la vida», en *Actualidad Catequética* 221/222, I-II (2009) 61-80.

acción de Dios va suscitando en el camino: «¿Qué me está diciendo Dios? ¿Qué situación nueva es esta que siento en mi vida?». Reconocer el encuentro con Dios en nuestro interior nos lleva a reconocerle como Señor de la vida y del mundo.

Un reto para la catequesis es ayudar a los hombres y mujeres de hoy a reconocer su propia vida como «buena noticia», abiertos a recibir a lo largo de la jornada el amor de Dios y ofrecer un marco espiritual en el que pueda adentrarse en los secretos del Reino presentes en los acontecimientos de cada día y de cada instante.

4. El Padrenuestro, modelo de toda oración¹⁷

«Cada uno puede dirigir al cielo diversas oraciones según sus necesidades pero comenzando siempre por la oración del Señor que sigue siendo la oración fundamental» (CCE 2761).

El puesto distinguido que reserva el *Catecismo* a la oración del Padrenuestro demuestra la importancia que la Iglesia, desde sus orígenes, concede a la oración del Señor. Jesús entregó a sus discípulos esta oración juntamente con su Espíritu, mediante el cual podemos dirigirnos a Dios llamándolo «*Abba, Padre*» (*Gal 4, 6*) y sabernos hermanos mientras caminamos. El *Catecismo*, que comienza con la profesión de fe, el Credo, canto de la fe del pueblo cristia-

¹⁷ Cf. J. M. ESTEPA LLAURENS, «La oración en el Catecismo de la Iglesia Católica y en el Directorio General para la Catequesis», en *Actualidad Catequética* 221/222, I-II (2009) 39-60.



no, se cierra con la oración de Jesús, el Padrenuestro, canto del amor y de la esperanza.

El Padrenuestro es síntesis de todo el Evangelio y da vida a toda forma de oración. En cuanto oración fundamental de los cristianos, pertenece al depósito de la fe: es el centro o corazón de las Sagradas Escrituras; es la «oración del Señor» porque es la oración al Padre tal como nos la enseñó Jesús, el Hijo; es la oración de la Iglesia, pues ha sido recibida y vivida por la Iglesia desde los comienzos.

«Padre nuestro que estás en el cielo» es la invocación inicial expresiva de la audacia filial con la que la Iglesia se dirige a Dios Padre por Jesús, para que, situados en su presencia, el Espíritu filial haga surgir en nuestros corazones siete peticiones, siete bendiciones. El primer grupo de peticiones –las tres primeras– nos llevan hacia Él: tu Nombre, tu Reino, tu Voluntad, ayudándonos a reconocer su presencia y su gloria; su señorío y potestad; y su designio de salvación, al cual deseamos adecuarnos. El segundo grupo, cuatro peticiones, nos ayudan a vivir en la historia una relación interpersonal y fraterna. La cuarta y la quinta petición se refieren a nuestra vida como tal, sea para alimentarla, sea para sanarla del pecado; las dos últimas se refieren a nuestro combate por la victoria de la vida, el combate mismo de la oración.

La entrega del Padrenuestro es, desde los primeros siglos de la Iglesia, uno de los momentos más significativos de todo itinerario catequético. En la entrega de la oración dominical se descubre más profundamente el nuevo espíritu de hijos adoptivos, gracias al que podemos llamar a Dios Padre, especialmente en la celebración de la Eucaristía¹⁸.

¹⁸ Cf. RICA, 25.

Encontramos aquí una de las tareas más concretas que la catequesis asume como propia y en la que podemos centrar nuestros esfuerzos: entregar la oración que Jesús nos enseñó y ayudar a vivir con la alegría y la confianza del que se sabe en manos de Dios Padre. De esta manera se alcanza la transformación del que ora: confianza sencilla y fiel, seguridad humilde y alegre son las disposiciones propias del que reza el Padrenuestro.

5. El catequista, maestro y testigo de oración

«El que está llamado a enseñar a Cristo debe, ante todo, buscar esta ganancia sublime que es el conocimiento de Cristo de donde brota el deseo de llevar a otros al sí de la fe en Jesucristo» (CCE 428-429).

El catequista que descubre que enseñar a orar es hoy una de las tareas centrales de la catequesis, desea llevar al otro al sí de la fe en Jesucristo, como bellamente expresa el *Catecismo*, y lo hace transmitiendo no sólo un contenido, sino una vivencia de fe. Como maestro y testigo de la fe, el catequista muestra la cercanía de Dios desde su experiencia personal de encuentro con Él. Convencido de la profunda sed de Dios de los que nos rodean, el catequista ayuda a que saboreen el amor que Dios les tiene, pues «ha conocido el amor de Dios y ha creído en él» (cf. *1 Jn* 4, 16).

Este amor de Dios es «gustado» en la amistad personal con Jesús, una amistad que se alimenta en la oración y en la escucha del Evangelio. La vida del catequista es icono



que refleja la imagen de Jesús y testimonio que indica que la forma de vivir del cristiano proviene de la amistad con Jesús. El mismo Cristo es el que va educando los corazones en el camino de la felicidad.

El catequista bebe del manantial de la Palabra de Dios aprendiendo, como María, a acoger esta Palabra y a hacerla carne en la vida. Al manantial de la Liturgia se acerca al celebrar en el corazón de la Iglesia el amor de Dios manifestado plenamente en la Muerte y Resurrección de Jesús para una vida nueva. El hoy de la vida es descubierto como fuente de oración porque el catequista se sabe amado y elegido por un amor eterno que le ha creado, le ha llamado a la fe y le conduce en cada momento de su vida.

Ofrecemos el testimonio de dos catequistas para quienes su experiencia de oración se convierte en el fundamento de su ser catequistas:

Si todo eso es muy importante en mi vida (la formación), esta se iluminó y cambió de rumbo cuando descubrí, ayudada por la parroquia, la oración. En una convivencia parroquial sobre la oración me impactó una frase: «La oración transforma tu vida». Yo hasta entonces rezaba, pero el silencio me ahogaba un poco. Fue a partir de aquí cuando empecé a saborear la Palabra de Dios, cada día con los salmos (laudes) y en las lecturas propias del día, complementadas con la homilía diaria en la Misa. Por otra parte, creo que es fundamental que los sacerdotes ayuden a los catequistas a que su vida espiritual sea sólida y que Dios sea el centro de ella. Esto redundará en la misión que la comunidad les ha confiado: evangelizar, dando prioridad a la gracia de Dios sobre los métodos.

Mi experiencia es la de necesitar estar a los pies del Maestro como «discípula» para poder anunciar la Buena Noticia de la Salvación a los pobres. De impotencia para transmitir lo que antes no me ha llegado a las entrañas y me ha llenado de

vida. Desde ahí puedo decir que la catequesis, o brota de tu cercanía a Dios, o necesariamente te acerca a Dios cuando es verdadera catequesis. La misión que aparece, a veces circunstancialmente, en nuestras vidas como un deseo sencillo de echar una mano en la parroquia, es capaz de revelarnos quiénes somos y quiénes estamos llamados a ser. Por eso es tan importante acercar a cada catequista, desde la oración, a esa llamada que les ha hecho ser «nacidos para evangelizar», aunque ni ellos mismos lo supieran, o pensarán que fue iniciativa propia en un primer momento.

Animamos a todos los catequistas a amar la Palabra de Dios transmitida por la Iglesia y a venerarla con el corazón, con los labios y con la vida, en la oración personal y comunitaria; a gustar y sentir la presencia de Dios en la celebración litúrgica y a llevar un estilo de vida alimentado en la Eucaristía; a acompañar a los catequizandos con el testimonio de una fe que se hace vida.

EDC

Las Jornadas de Delegados de Catequesis del año 2009 giraron en torno a un asunto de vital importancia, la oración, bajo el lema: *Enseñar a orar, tarea de la catequesis*. El fruto del trabajo realizado durante esos días es el que queremos ofrecer en este documento, que recoge algunas de las conclusiones e invita a entrar más a fondo en el vínculo que existe entre oración y catequesis.



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA